21 OCTUBRE DE 2026.

DIPUTADA SELENE JOSEFINA SÁNCHEZ CRUZ.
PARTIDO MORENA.

SEMBLANZA CURRÍCULAR DEL PRESBÍTERO JOEL PADRÓN GONZÁLEZ.

Con su permiso diputada presidenta, saludo con respeto al Doctor Jorge Enrique Hernández Bielma, Secretario de Gobierno y Mediación, en representación de nuestro Gobernador del Estado de Chiapas, el Doctor Eduardo Ramírez Aguilar, así mismo, saludo con respecto a mis compañeras y compañeros diputados, a las autoridades que hoy nos acompañan, a los invitados especiales, pero sobre todo saludo con mucho respeto a mis queridos paisanos y hermanos de Simojovel, el Bosque y San Andrés Larrainzar.

Querido padre y presbítero Joel padrón, le expreso mi respeto y mi reconocimiento, sea usted bienvenido a esta Honorable Asamblea. Hay nombres que quedan escritos en los libros y otros que permanecen como un eco en la memoria y en el sentir de las personas, porque dejaron algo de sí en el camino de los demás. El presbítero Joel Padrón González, nació una mañana del 6 de mayo de 1939 en San Diego de la Unión, Guanajuato, estudió la primaria en la Escuela José María Esquivel, ingresó al seminario de León y cursó Derecho Canónico en la Universidad Gregoriana en Roma, fue ordenado sacerdote, un 20 de junio del 65, su vocación nació en una familia cristiana, de valores, pero sobre todo de fe.

Después de enseñar en el seminario y de trabajar en León, su camino y su destino lo trajo a nuestro bello Estado de Chiapas, por allá de los años 70. Llegó durante el liderazgo pastoral de don Samuel Ruiz García, cuando Chiapas contaba con una sola diócesis y su labor quedó vinculada a la diócesis de San Cristóbal de las Casas, recuerda él que venía por unas cuantas semanas, pero la vida le permitió permanecer más de 50 décadas en este Estado.

Su recorrido lo llevó a Comitán de Domínguez, a San Andrés Larrainzar, a Simojovel y a San Juan del bosque. En comunidades rurales e indígenas de la región altos y norte del Estado de Chiapas, recorrió caminos que nadie caminaba, ahí se encontró con lugares no solamente que estaban en un mapa, si no donde habían abuelos, padres, familias completas, lenguas, culturas y tradiciones, pueblos que

se defendía y que estaban defendiendo ya en ese momento su identidad y su territorio y que buscaban mejores oportunidades para vivir con dignidad. Su trabajo se distinguió por acompañar a sus demandas de justicia, de impulsar la organización comunitaria y participar en esfuerzos de defensa de los derechos humanos, la tierra y el territorio, también procuró el diálogo y una resolución pacífica de conflictos agrarios y sociales. Porque él entendió que escuchar no significa necesariamente estar de acuerdo, significa reconocer que la otra persona tiene una historia, necesitades y derechos que merecen atención, y por allá de esos tiempos, todo eso eran carencias.
Para comprender aquel contexto, quiero que recordemos primer Congreso Indígena de Chiapas, celebrado en el 74, 20 años antes del levantamiento armado del 94, en ese entonces se hicieron visibles demandas fundamentales para la vida de las comunidades, tierra, educación, salud y comercio y durante esas décadas de los setentas y los ochentas, las luchas por la tierra cobraron fuerza.
Después, Chiapas vivió un despertar político y social que transformó la conciencia de sus comunidades y el presbítero Joel Padrón estuvo cerca, muy de cerca de ese proceso, caminó junto a la gente y acompañó sus dementas, los abrazó cuando nadie los quería abrazar.

En el 91, a raíz de su participación en aquellas luchas fue llevado al penal estatal de ese cerro hueco, donde permaneció 50 días, días muy difíciles, pero donde su fé nunca falto, fue una experiencia que marcó su vida y que él interpretó como un reconocimiento a las acciones que realizaba junto a las comunidades.
En el 94, mientras entraba en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional puso ante México y ante el mundo las demandas históricas de los pueblos indígenas y las profundas desigualdades que estábamos viviendo en Chiapas.
El presbítero Joel Padrón, vivió de cerca este proceso y procuró que la Iglesia no se sumara a la lucha armada, sino que permaneciera cerca de la fe y de las necesidades del pueblo, buscando siempre el camino del diálogo y el entendimiento. Su trayectoria lo recuerda que la paz no consiste en negar los conflictos ni en olvidar las injusticias comienza al mirar de frente, escuchar a quienes los están padeciendo y buscar soluciones sin que nadie, nadie tenga que renunciar a su dignidad.

Su disposición al diálogo también se nutrió de sus experiencias fuera de México, recorrió países de centro y Sudamérica, tomó cursos y conoció otras realidades sociales y religiosas, entre ellas su estancia en Quito, Ecuador.

Y es que por aquellos años Centroamérica a través de los momentos de tensión y transformación, Nicaragua y vivía bajo 40 años de dictadura, no sabían leer, no sabían escribir, no había salud y entonces vivió el triunfo de la Revolución Sandinista, después de que cayera la familia Somoza, y en ese contexto se le solicitó apoyar a la Iglesia de Nicaragua y ahí estaba, ahí estaba nuestro querido Padre Joel Padrón y aquella experiencia le permitió observar de cerca cómo se entrelazaban la vida religiosa, los cambios sociales y las aspiraciones legítimas de los pueblos, pero para ver cómo sus convicciones se convirtieron en acciones concretas, volvamos a Chiapas, a Simojovel precisamente, ahí en la tierra del ámbar, ahí estableció dos albergues para estudiantes indígenas y un dispensario médico, detrás de estas tres obras habían oportunidades reales para que los jóvenes pudieran comenzar a estudiar la primaria, estudiantes que ya por fin encontraban alojamiento, pero no solamente comida, o dormitorio, sino también cobijo, amor, comprensión y eso le permitían continuar su dedicación y familias podían acercarse a los servicios de salud, en aquellos tiempos que eran sumamente carentes, no eran solamente edificios o instalaciones, lo que él hacía eran respuestas reales a las necesidades concretas y una forma de acercar la iglesia a la vida de la comunidad.

En su recorrido encontramos al sacerdote que hizo de la fe el punto de partida de su servicio, al hombre que caminó junto a sus comunidades indígenas, especialmente en dos, San Andrés Larráinzar y Simojovel, al defensor de los derechos humanos, al promotor de las obras sociales y al mediador que buscó la conciliación frente a las diferencias, a sus 87 años nuestro Padre Joel Padrón González, ha expresado que le gustaría ser recordado como alguien cercano a los ciudadanos, como un enlace con el pueblo y como un mediador entre las fuerzas que pueden surgir dentro de una comunidad.

También desea que las conciliaciones alcanzadas no se rompan, estar cerca no significa llegar a un lugar y marcharse, significa conocer las necesidades, comprender las preocupaciones y reconocer que aún en las diferencias las personas comparten una tierra, una historia y un futuro, sus palabras.

Hay puentes que se construyen en un momento, pero que se necesitan toda una vida de voluntad para mantenerse en pie. Su trayectoria nos recuerda que el diálogo no elimina la diferencia por decreto, abre las posibilidades de encontrar soluciones y que una comunidad no necesita pensar igual para convivir con respeto, hablar de Joel Padrón González, también es hablar de los pueblos y comunidades indígenas de Chiapas, de sus luchas por la tierra y por el territorio, de sus derechos a conservar su identidad y de su aspiración a vivir con dignidad.

La construcción de la paz no pertenece a una sola persona, ni a una sola institución, requiere respeto a los derechos humanos, justicia social y disposición de escuchar el Presbítero Joel Padrón González, más de 5 décadas de presencia en Chiapas, reúnen la vida de caminos compartidos, de comunidades acompañadas y de voces que buscan ser atendidas.

Desde su llegada en los años 70, pasando por Larráinzar hasta las obras impulsadas en Simojovel y sus esfuerzos de mediación, hay convicción que permanece y es de no perder la vista a las personas, asimismo, él ha sido mentor de muchas personas, que hoy podemos testificar, que sin duda alguna nuestros abuelos, que caminaron con él, nuestros padres, que también caminaron con él y que nosotros hoy estamos caminando con él y que mañana nuestros hijos quieran recordar su legado, y el valor de tender la mano antes de levantar un muro, eso fue lo que él nos vino a enseñar.

Por eso que la medalla al mérito cívico José Artemio López Aguilar, sea una expresión de respeto a su trayectoria y a su compromiso con los pueblos y comunidades indígenas, reconocemos su contribución a la defensa de los derechos humanos, la justicia social y la construcción de la paz en Chiapas, porque hay vidas que merecen ser contadas y legados que trascienden generaciones y la huella más valiosa, no es cuántas veces pronunciaron su nombre o nuestro nombre, sino cuántas personas encontraron en nuestras acciones una razón para creer que la justicia, la dignidad, el amor de Dios y la paz son posibles. Es cuanto, muchas gracias.